

The Orotava Library. Tiempos de gestión y construcción (1831-1903)

A. SEBASTIAN HERNANDEZ GUTIERREZ
CARMEN JOSEFA VIERA ABREU

Don Eligio Pellegrinotto, encaramado todo el día en una escalera de lampisterio, suele pescar en las tablas de la biblioteca no pocos de estos libros curiosos y amenísimos. Cuando da con uno así, lo arroja desde lo alto sobre la mesa grande que hay en el centro.

El difunto Matías Pascal de Luigi Pirandello (1904).

MONDAYS.....3-5,30 p.m.
WEDNESDAYS.....10 a.m.-12 Noon.
FRIDAYS.....4 p.m.-6 p.m.

Sobre la puerta de entrada del jardín, el visitante tropieza con esta efímera nota que, de manera tajante, marca las seis horas y media que cada semana desde hace años permanece abierta la Biblioteca Inglesa (The English Library) del Puerto de la Cruz. Durante esas horas (de los días señalados) Mr. White y tres desinteresados colaboradores perpetúan un servicio que cuenta ya con 153 años de edad, tiempo que coloca a la Institución que nos ocupa a la cabeza de cuantas, de este tipo, existen en el archipiélago. El "bibliotecario" y una legión de lectores mantienen de esta manera en activo una tradi-

ción que en la actualidad es capaz de ofertar la nada despreciable cantidad de 35.000 volúmenes referidos a los más variados temas. Ningún epígrafe es echado en falta, por curioso que el lector sea.

La Biblioteca Inglesa ha sido desde sus comienzos una gran desconocida entre los habitantes comarcales. Tan sólo algunos "intelectuales" del Puerto de la Cruz -lugar donde se encuentra emplazada- han sabido en su momento visitarla, a fin de extraer de entre sus estanterías los libros tan necesitados. Por demás, el Valle de la Orotava se ha mantenido, y aún hoy se mantiene, indiferente ante la que ha sido catalogada como *la biblioteca inglesa más importante en el extranjero* (1).

Su historia es bien extensa, pues en el siglo y medio de existencia, de 1831 a 1988, ha atravesado por una gama de eventos que van desde los amaneceres más brillantes hasta los atardeceres más oscuros, en los que incluso ha peligrado la propia Institución (2).

Su particular aventura dio comienzo en los años treinta del pasado siglo, cuando un inglés, Mr. Charles Smith, residente en el Puerto de la Cruz comenzó a prestar libros entre los miembros de la madura colonia extranjera localizada en el pueblo norteño. A decir de la tradición oral, Mr. Smith recorría los campos del municipio con un carromato repleto de libros que ofrecía a sus compañeros coloniales, hecho no del todo cierto que quiso durante algún tiempo justificar la idea de la tan cacareada "biblioteca ambulante". La calidad humana de Charles Smith, que entonces tenía su domicilio en el Sitio Little, quedaba así más que probada (3).

A la par hay que constatar cuál era el ambiente reinante en el Puerto de la Cruz en aquellos días: una población que desde la Conquista se había sentido impulsada preferentemente hacia las actividades de tipo mercantil. Su negocio fue el comercio. A ella acudían los amantes del agio, y los ingleses formaron aquí colonia desde los tiempos del vino, del azúcar... y, al igual que en Madeira, se dedicaban a la comercialización de los productos agrícolas (4). El archipiélago era a la sazón, además, un refugio para enfermos pulmonares, que encontraban en la benignidad climatológica el remedio para sus males. Con todo, Canarias era, a decir de los visitantes, un lugar aburrido con cierto toque de analfabetismo que hacía de la vida cotidiana un hecho saludable, pero terriblemente tedioso. La vida de los lugareños no excitaba en absoluto al cosmopolita extranjero (5), acostumbrado al cultivo de las bellas artes, al *divertimento* de salón y a la degustación de un buen libro.

Desde esta perspectiva no es difícil imaginar el papel jugado por un animador social, y Mr. Smith lo fue al aspirar a dar un pulso más acelerado a los compatriotas que, lo mismo que él, anhelaban el bullicio de las capitales europeas. Bien es verdad que muy pocos de estos colonos habían pertenecido a élites intelectuales en sus países de origen, pero ahora, después de largos y duros años de trabajo habían podido acumular un pequeño capital que les permitía, además de vivir sin apuros, soñar con emular pautas de comportamiento más dignas de personas civilizadas.

La trama social en la que se desenvolvían es, y era, fácil de apreciar, y en este sentido debemos entender el nacimiento de un complejo cultural (véase The British Outdoor Games Club, la iglesia anglicana All Saint's y la misma English Library) (6) que surge en una década en la que esta colonia, al igual que la de Santa Cruz de Tenerife o la de Las Palmas de Gran Canaria, se debatía por superar el aislamiento cultural. Ni que decir tiene que la apertura en 1890 del *Hotel Taoro, Balcón* en aquellos días (7), sirvió como catalizador en el proceso. Los turistas que llegaban al establecimiento -y a otros de similares características instalados en el Valle de la Orotava- venían no sólo a desarrollar la industria turística, sino que, además, eran portadores de noticias, ideas... En definitiva, traían la ansiada compañía que permitía a los ingleses residentes mantener un vivo contacto con su ya perdido *modus vivendi*.

Conciencia de todo esto tuvieron hombres como Charles Smith (Londres, 31 de agosto de 1804-Puerto de la Cruz, 15 de agosto de 1885), quien (durante su residencia en Canarias, allá por los años 50) realizó en este sentido una labor que hoy más que nunca es valorada en la isla.

--Vino a Tenerife por razones de salud- dijo en cierta ocasión Mr. Peter Reid-. Tenía un solo pulmón. Se le veía subir la empinada calle tocado con su sombrero de Panamá, escondiendo su pelo blanco y dando cobijo a esos ojos azules que custodiaban su nariz aguileña.

Durante toda su vida tan sólo tuvo un sueño, la fundación de la *Tenerife Book Society*, una organización a la que hoy aludimos con benevolencia al hablar de la génesis de *The British Library* (8). El hallazgo casual de una cartela que perteneció a dicha sociedad nos ha permitido reconstruir en buena medida algunos de los aspectos que la conformaba. Así sabemos que la *Tenerife Book Society* poseía dos divisiones: la de Santa Cruz de Tenerife -formada por A. Aguilar, Mr. Bartlett, M.D. Davidson, Mr. Edwards, Mr. Foronda, Mr. Forstall, Mr. Hamilton, Mr. C. Le Brun y Mr. W. Le Brun-; y la de Orotava (entiéndase Valle de la Orotava) cuyos suscriptores eran: Mr. Carpenter, Mr. T. Cologan, Mr. Diston, Mr. Goodall,

Mr. Hurst, Mr. Nieves, Mr. Randell, Mr. B. Smith y Mr. Ventoso. Entre ellos se repartían los títulos que la Sociedad poseía, y además se encargaban de difundirlos entre los otros miembros, según las normas que a continuación citamos:

To be kept 5 days. Sundays included/Fine for exceeding the time allowed, one fisca per day./Fine for omitting to insert in ink the days on which a book is received and forwarded four fiscas./Fine for making Notes or Observations, two dollars/N.B.- Every book that has completed Circulation in either Division is to be sent to the Secretary of that Division/Any Member wishing for a Second Reading, is to state his wish in the columns for Observations.

Para él, para el señor Smith, quedó todo frustrado a sus 81 años cuando el mal estado de su pulmón no pudo resistir el ajetreo a que le sometía. La muerte le sobrevino dejando tras de sí el hueco de una costumbre que, de inmediato, los colonos empezaron a añorar.

El testigo de su labor lo recogió una señora de nombre Ana, y de apellido Boreham, que hacía tiempo se había instalado en la finca de San Antonio, en las afueras del Puerto de la Cruz. Poseía dicha señora algunas referencias de cuanto ocurría en las islas, pues no en vano era pariente cercana de Mr. Dabny, persona que durante mucho tiempo, y residiendo en Santa Cruz de Tenerife, había ostentado el cargo de vicecónsul norteamericano.

Su casa pasó a convertirse desde 1890 en un centro de convivencia, y a ella acudían sin vergüenza todos aquellos que necesitaban algo para leer. Por consiguiente, y a pesar de la buena disposición de la anfitriona, se creó una situación molesta en la que, a ojos vista, quedaba perjudicada la señora Boreham. Además se presentó un problema aleatorio: no todos los libros que se prestaban regresaban a las estanterías de San Antonio. Todo ello desembocó en una reunión de la colonia auspiciada por el reverendo Humphreys el día 1 de noviembre de 1900, en la que él mismo junto a la dueña de la casa, Mrs. Boreham, y el vicecónsul Reid, sugerían el comienzo de las gestiones para la fundación y puesta en funcionamiento de una biblioteca pública. Obviamente la idea fue aplaudida, pero las dudas se centraron en la pregunta que se hacían los reunidos: ¿dónde se ubicaría la biblioteca? La respuesta no se hizo esperar y el reverendo -que de antemano había preparado una situación de suspense- respondió:

-En una habitación que al efecto desalojaremos en la casa parroquial.

Ese mismo día, y ante una situación tan favorable, se eligió una directiva provisional compuesta por algunos de los concurrentes (9), que tenía entre otras misiones (urgentes) de recolectar fondos para la adquisición de libros, la difusión de la buena nueva y elaboración de un borrador de lo que serían los estatutos de la Institución. Como broche final del mitin el sacerdote tomó la iniciativa de denominar a la recién creada biblioteca como *Boreham - Dabney Library*, en reconocimiento a la que había sido hasta la fecha su *alma mater*. Bien es verdad que esta titulación duró muy poco tiempo, tan sólo una semana, pues en la segunda reunión que la directiva organizó, la buena señora mostró un gesto de humildad al rogar un cambio en la denominación original, quedando desde aquel día como *The Orotava Library*.

El proceso de creación iba hacia adelante y, aún sin tener ni caja ni cajero, la biblioteca poseía un fondo económico alimentado por cuantiosas suscripciones que se recaudaron en unas semanas. El primer dinero se destinó a la compra de libros. Al mismo tiempo se eligió una nueva y definitiva directiva presidida por el reverendo y por los británicos Mr. Gregory, Dr. Lishman, Mrs. Boreham, Mrs. Bovil, Miss Nicol, Mr. T.M. Reid, Mrs. Stirling y el capitán Hamilton Boyle.

Su principal preocupación en la habilitación de las dependencias cedidas por la iglesia anglicana, para lo cual se había ofrecido Mr. France Blunt, quien gustosamente limpió y arregló como pudo la estancia, colocando además las pocas estanterías con las que se contaba. Pero los anhelos de los directivos pasaban por la recaudación de un fondo capaz de sufragar la futura compra de unos terrenos donde el día de mañana quedase instalada *The Orotava Library*. Por supuesto, éstos deberían estar en las inmediaciones del *Hotel Taoro*, la capilla anglicana y el grueso de las viviendas ocupadas por los miembros de la colonia. Decididamente, el Monte Miseria sería el lugar idóneo para construir la biblioteca.

El funcionamiento interno de *The Orotava Library* era regular -abierta una o dos veces por semana- y el número de lectores crecía constantemente, de manera que su directiva no tenía otro problema que el de la acumulación de un capital que diera la independencia a la Institución. En base a ello fueron aceptadas de buen grado cuantas donaciones se hicieron y muy especialmente la de Mr. Sparrow, quien había recaudado un buen dinero con la escenificación de obras teatrales. O el reto planteado por el intrigante coronel O.P. Wethered, quien aseguraba igualar cualquier ayuda económica hecha en favor de la biblioteca.

Por fin, en julio de 1901 comenzaron las gestiones para la compra de

una parcela de terreno, propiedad de don Manuel Corvo, anexa a su finca de San Antonio. Inicialmente la tierra fue valorada en 125 f y, al efecto, el coronel Wethered aportó la cantidad de 500 libras esterlinas para que la Sociedad adquiriese algunos trozos de más de la parcela. La idea del militar retirado era mucho más ambiciosa que la del resto de los colonos: su intención era la de erigir una *English Room* a imagen y semejanza de las existentes en Madeira, en la cual la biblioteca fuese tan sólo una dependencia más del club social.

El coronel Owen Peel Wethered vivió recluido en su casa de El Robado, conectado a la colonia por un rosario de cartas a través de las cuales mantenía una fuerte presión que le otorgaba autoridad. Su influencia e iniciativa fue más que decisiva en cuantos proyectos emprendió la colonia portuense y, desde luego, la fundación de *The Orotava Library* no escapó de ella.

Mientras tanto, el bagaje de la misma iba creciendo de manera fugaz gracias a las donaciones de Mrs. Boreham, Mr. Crompton y otros muchos colonos. Al año de su nacimiento contaba con la nada despreciable cantidad de 2.000 volúmenes en sus estanterías, al tiempo que el Centro era ya regido por unos estatutos oficialmente aprobados y la llave del recinto dormía en el bolsillo de su primer bibliotecario, Mr. Dickson.

Por un extraño azar, que no viene al caso comentar, el solar ofertado a *The Orotava Library* fue adquirido en enero de 1902 por el coronel Wethered, que había sabido colarse en el juego, aún sin jugar, metiéndose como benefactor de la Institución al ofrecer a la perpleja directiva la elección de un lugar donde levantar la ansiada edificación. Los dimes y diretes estuvieron entonces a la orden del día, pues a nadie se le escapó la agilidad del militar, pero así y todo había que aprovechar el gesto.

Como acto constitucional, que no deja de ser una excentricidad más, la junta directiva se reunió el 23 de junio de 1902 en el solar yermo, sin construir, sobre el cual se levantaría la sede oficial de la biblioteca, y durante la celebración, más campestre que otra cosa, se aprobó el proyecto de construcción que un arquitecto retirado, Mr. Bovil, había redactado a instancia de los mandatarios de *The Orotava Library*. A pesar de lo diáfano de la obra hubo algunos reparos de escasa importancia: se pidió que la teja fuese francesa, el uso de la carpintería local y la importación desde Gran Bretaña de los elementos de ferretería (10).

Mr. Bovil y su esposa Edith Louis vivían en una casa de su propiedad situada en La Vera, la cual había sido construida por el propio arquitecto.

El cottage, más bien, el éxito de su trabajo, fue el motivo que impulsó a los miembros directivos a contar con la colaboración de Mr. Bovil. También es cierto que el matrimonio en cuestión había mantenido una estrecha relación con la Institución, pues no en vano Mrs. Bovil formó parte importante de la primera junta directiva.

A juicio de los suscriptores, el proyecto presentado por el técnico pecaba no sólo de costoso, 21.685,34Pt, sino también de incompleto, pues había algunas partidas que no estaban sumadas al montante global expuesto. Además, con el tiempo, surgieron algunas desavenencias que no llegaron a impedir la buena marcha de las obras, pero bien es verdad que las críticas no se acallaron hasta el mismísimo día de la inauguración en 1903.

Con todo la biblioteca dejaba mucho que desear y, a pesar de contar con un techo propio, aún faltaban muebles que le dieran el definitivo empujón al proyecto. Además quedaban por resolver problemas de índole financiera, como el sueldo del vigilante (50 ptas. por cada 20 semanas de trabajo) o la creación de un fondo para sufragar el mantenimiento del edificio. Pero la supervivencia de la obra quedó solucionada gracias a las múltiples derramas ofrecidas por los suscriptores, que unas veces en metálico -Mr. Crompton dio 1000 f- y otras en material también el propio Mr. Crompton cedió una serie de mapas de las islas Canarias, un revistero y unas estanterías; el coronel Wethered hizo lo propio con 600 galones de agua cada 5 días y los bustos de algunos escritores ingleses de prestigio; Mrs. Boreham donó libros, y Miss Smith libros y cuadros-.

En 1903 se colocó al frente del servicio de préstamos a una pariente del coronel Wethered, Miss Edith Drake, persona que cultivó la amistad de los colonos y, muy especialmente, la del reverendo Humphreys, con quien años más tarde contraería matrimonio. De hecho, la biblioteca se había venido transformando en un punto de reunión, donde los libros llegaron a ser una simple excusa para poder alternar con los otros miembros de la colonia. Con eventos como éste se cerraba una primera etapa de las múltiples vividas por la Biblioteca Inglesa, sin duda la más apasionante por cuanto que se asentaron las bases de su funcionamiento. De ahora en adelante quedaba la no menos dura tarea de madurar y ensanchar las fronteras de su influencia cultural, pero esas ya son otras historias.

NOTAS

- (1) Antonio RUIZ ALVAREZ: La Biblioteca Inglesa del Puerto de la Cruz. Tenerife,

1949. Este opúsculo de 14 páginas nació al concebirse como separata de un artículo que bajo el mismo título se publicó en la revista Tenerife Gráfico de abril de 1948.

- (2) En los años más difíciles de The English Library sus directivos decidieron vender algunos títulos, posiblemente los más interesantes, de manera que particulares de la comarca se hicieron con valiosos libros comprados a precio de saldo. Este es el caso de los adquiridos por don Fernando del Hoyo y por don Antonio Lugo Massieu que hoy, por fortuna, se encuentran custodiados en la Biblioteca Municipal de La Orotava.
- (3) Este y otros datos han sido extraídos con agradecimiento del pequeño folleto distribuido por la Institución. The English Library. A brief history of it's origins. La Orotava, s/a.
- (4) Agustín GUIMERA RAVINA: Burguesía extranjera y comercio atlántico. Consejería de Cultura del Gobierno de Canarias-C.S.I.C., Santa Cruz de Tenerife, 1985.
- (5) Adolph COQUET: Una excursión a las Islas Canarias. Ed. Delgado Luis, La Orotava, 1982.
- (6) Ulises MARTIN HERNANDEZ: La presencia extranjera en el Valle de La Orotava (1880-1919). Ayuntamiento, Puerto de la Cruz, 1987.
- (7) A. Sebastián HERNANDEZ GUTIERREZ: De la Quinta Roja al Hotel Taoro. Ayuntamiento, Puerto de la Cruz, 1983.
- (8) En las dependencias de la Biblioteca Inglesa hay una placa en su honor que dice:

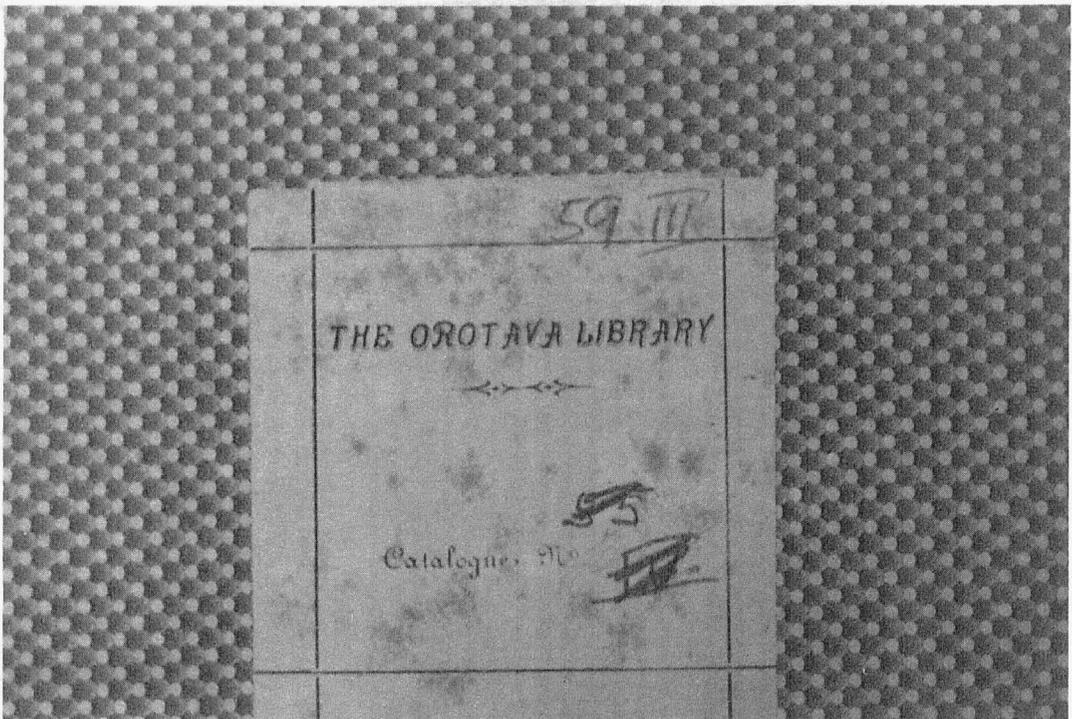
*Tenerife Book Society
Established July 1839
Preserved at the Sitio del Pardo
and presented to the English Library
Orotava, July 1931.*

- (9) Aparte del reverendo Humphreys estaban la señora Boreham, Mr. Crompton y el doctor Lishman, quien de ahora en adelante acataría como secretario en los sucesivos mítines.
- (10) Las pautas de la arquitectura levantada por los ingleses en Canarias vienen reflejadas de manera oficial en un folleto escrito por A. Samler Brown para el Foreign Office titulado: Miscellaneous Serie, nº 246. Report on subjects of general commercial interes Spain. Report on the social and economical condition of the Canary Island. London, 1892.

Para profundizar en el tema, véase: A. Sebastián HERNANDEZ GUTIERREZ: "Arquitectura inglesa en Canarias: pautas de comportamiento". Actas del VII Congreso Español de Historia del Arte celebrado en Murcia durante el mes de octubre de 1988 (en prensa).



Fachada principal de The Library según el proyecto del arquitecto Mr. BOVIL. Puerto de la Cruz (Tenerife) 1902-1903



Ex-Libris de The Orotava Library, el primero de cuantos ha usado la institución



Sobre las estanterías de la sala principal aún se conservan los bustos donados en 1903 por el Coronel Owen Peel WETHERED



Vista parcial de la principal sala de lectura de The English Library